

El escenario latinoamericano en tres momentos

Ofensiva norteamericana: América Latina y el Caribe, desde temprano, se convirtieron en zonas bajo la influencia de Estados Unidos (EE.UU.). Esto se vio agravado con la caída de la URSS y el fin de la Guerra Fría, dando paso a la configuración denominada como un mundo unipolar.

Una vez diluido el “peligro” comunista, América Latina perdió sentido estratégico y pasó rápidamente a ocupar, cada vez más, un plano secundario en la agenda norteamericana y mundial. Algo reforzado por la crisis económica de la década perdida de los 80s y bien entrados los 90s, que hizo perder peso económico a las economías de los países de la región.

Posteriormente, Estados Unidos genera la propuesta de crear un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que se convirtió en el eje estratégico sobre el que se definió el escenario latinoamericano desde mediados de los noventa (1994).

La idea era articular económicamente a las Américas bajo el formato de un gran tratado de libre comercio, similar al que entonces entraba en vigencia en el norte (TLCAN). Esto permitía institucionalizar el neoliberalismo en el manejo económico de cada país y, a su vez, consolidar la hegemonía de EEUU sobre la región. Si lo primero apuntalaba un modelo económico de liberalización económica, lo segundo convertía a los países del continente en mercado privilegiado para las exportaciones norteamericanas, así como área geopolítica bajo su exclusiva influencia.

Sin embargo, paradójicamente, podría decirse que este proyecto, más el propio estilo del gobierno George W. Bush, contribuyeron significativamente a consolidar alianzas amplias contrarias al libre comercio y, finalmente, a los triunfos consecutivos del progresismo latinoamericano que se hicieron con los gobiernos de varios países de la región. De esta forma, los triunfos de gobiernos progresistas en varios países no sólo supusieron el final del proyecto del ALCA (2005), sino también un punto de inflexión en el escenario latinoamericano que terminaría configurando otro momento cualitativo.

Emergencia sudamericana:

El triunfo de Chávez en Venezuela, y su influencia sobre los precios internacionales del petróleo, le permitieron obtener un margen de maniobra y mayor autonomía internacional. Fue, sin duda, uno de los países que presentaba un mayor desafío político a la estrategia de Estados Unidos sobre la región y contribuyó a dotar de radicalidad al imaginario latinoamericano.

La Venezuela chavista logró articular un grupo de cooperación política de países de la región (ALBA) y desplegó una serie de alianzas internacionales con potencias

emergentes (China, Rusia, Irán) con el propósito de ganar influencia en la coyuntura internacional y apuntalar un orden multilateral.

Otro evento decisivo se dio con el triunfo de Lula en Brasil. El gobierno del PT desplegó entonces una política exterior en consonancia con su proyecto desarrollista (industrialización, ampliación del mercado interno, inversión en infraestructura). Además desarrolló una alianza con la Argentina de los Kirchner que permitió constituir un eje de países con peso regional importante y favorecer la consolidación de Sudamérica como categoría geopolítica. También desarrolló una política exterior cultivando alianzas con potencias regionales (China, Sudáfrica, Turquía, India) para fortalecer la presión de reforma sobre el sistema internacional y afianzar ejes geopolíticos diferentes a los hegemónicos.

Que varios países cuenten también con presidentes progresistas permitió que la región obtenga un mayor margen de maniobra y autonomía política. Se instaló así un escenario inédito donde los países recobraron soberanía y capacidad de decisión democrática. Lo que también se vio reflejado en su política exterior. Se creó nueva institucionalidad latinoamericana (UNASUR, CELAC), se fortaleció la negociación entre países para la resolución de conflictos nacionales y se vigorizó la proyección internacional de la región.

Estas tendencias se reforzaron también gracias a otros factores extraregionales. EEUU dirigió su norte estratégico hacia otras zonas del mundo (Medio Oriente, especialmente) y disminuyó su intervención sobre los países de la zona.

Adicionalmente, la emergencia de China se acentuó y tuvo un efecto inmediato en el mundo sobre los precios de las materias primas, incrementando el volumen de su comercio y sus precios internacionales, lo que contribuyó a la mejora económica de varios países de América del Sur. China desplegó también una política de acercamiento hacia el subcontinente, intensificó su comercio y expandió su influencia económica a través de grandes inversiones y préstamos.

El momento actual: la incertidumbre

Vale advertir que con una visión más estructural y de largo plazo, al contrario de lo que se piensa comúnmente, este período no fue un momento de avance lineal de la integración latinoamericana. Los determinantes son de diversa índole (política, económica, institucional) e incluso varios de ellos de orden estructural. Sin embargo, una revisión sobre los procesos de integración no puede dejar de lado el reflexionar sobre ellos, más aún si se mantiene el propósito de procesarlos e insistir en la idea de la necesidad de integración latinoamericana. A modo de resumen, señalaré algunos de ellos.

1. No todo es integración:

Se suele confundir procesos de integración con cualquier interacción entre países de la región. La realidad es que pocas son las instituciones en América Latina que podemos denominar realmente como de integración.

La OEA, UNASUR, CELAC son foros de diálogo y concertación política. Otros constituyen alianzas geopolíticas o de cooperación, por ejemplo ALBA, pero no son en sí mismos procesos de integración.

Un proceso de integración exige la delegación de soberanía por parte de los estados nacionales a instituciones comunes que pueden tomar decisiones vinculantes para los miembros. Las experiencias históricas nos indican que para llevarse a cabo estos se dan en el terreno económico y contienen cuatro fases (zona de libre comercio, unión aduanera, mercado común y unión económica). Para alcanzar estas se requiere de espacios intergubernamentales que alcancen acuerdos pero no pueden quedarse sólo en ellos, requieren la existencia de instituciones (organización y normas) supranacionales.

El ejemplo emblemático de este tipo de instituciones es la Unión Europea. En América Latina y el Caribe tenemos instituciones subregionales cuya evolución se ha inspirado en ella, como por ejemplo la CAN, la SICA o el MERCOSUR.

Entonces, como vemos, tenemos que no todas las instituciones en la región promueven la integración. Y que las existentes no sólo que no han avanzado sino que han presentado fuertes problemas en su ejecución práctica incluso presentan claros retrocesos.

Así, si la CAN era la que presentaba mejor desarrollo institucional hoy se encuentra debilitada, sin sentido estratégico y, hay que decirlo, con poca esperanza de vida. Perú y Colombia privilegiaron acuerdos con terceros, Venezuela se retiró del bloque y Bolivia mira con más atención al MERCOSUR.

Por su parte, el MERCOSUR no presentó un desarrollo institucional coherente para fortalecer la toma de decisiones o la solución de disputas, los últimos años el bloque ha vivido un estancamiento con una manifiesta degradación operativa, a la que le sigue una falta de horizonte estratégico común, acentuado por el cambio conservador de los gobiernos de Argentina y Brasil.

2. Realidad material

La realidad es que es la misma categoría de América Latina y el Caribe la que está en discusión. Si bien es una de las primeras denominaciones de un espacio geográfico amplio, cuenta con un capital cultural común, es una zona pacífica y de fronteras estables, no encuentra una articulación política común.

Es más, en los últimos años, México, el Caribe, América Central y América del Sur son espacios más diferenciados en términos geopolíticos. Sus dinámicas políticas y económicas presentan mayores distancias y carecen de fuerzas centrípetas suficientes.

La economía es el motor más fuerte de cualquier proceso de integración. Si América Latina y el Caribe cuentan con perfiles productivos similares es muy difícil generar procesos de convergencia económica. La especialización primario exportadora ha convertido a los países en competidores antes que socios estratégicos. Un proceso de integración requeriría una apuesta política estatal común y decidida para generar encadenamientos productivos y complementarios. Y esto sólo se lo puede hacer con un horizonte de cambio de la matriz productiva: agregar valor, industrializar, fomentar la ciencia y tecnología, elevar productividad, priorizar un mercado interno ampliado. Sin una realidad material que dote de interés económico concreto a la integración, esta seguirá siendo un deseo romántico antes que una realidad.

3. Países ejes

Un proceso de integración supranacional requiere del liderazgo de un país o eje de países. Y no todos los países tienen los recursos necesarios para ejercerlo.

En Europa la presión externa y el interés de varios de los países contribuyeron a un clima favorable para emprender la integración europea. Sin embargo, esta llegó solamente cuando se constituyó un eje de países como motor del mismo: la alianza de Alemania y Francia permitió generar una fuerza política y económica capaz de articular un proyecto común.

Reconozcamos que América Latina y el Caribe no cuentan con el mismo escenario. Pocos países contienen la fortaleza para servir de impulso: México o Brasil, y en un segundo lugar lejano está un grupo con Argentina, Colombia o Venezuela.

Empero México ha acrecentado su relacionamiento con EEUU y es muy difícil imaginar un escenario de desacoplamiento y de la conveniencia de hacerlo.

Brasil dispone de recursos para constituirse en una potencia regional. Durante los gobiernos de Lula se desplegó un tímido intento de alcanzarlo como parte de su proyecto desarrollista. Sin embargo, las presiones de su fractura social (alta pobreza, alta desigualdad, estructura primario-exportadora), la resistencia de parte de sus élites económicas y la falta de plena convergencia con sus socios menores (Argentina y Venezuela) impidieron avanzar más decididamente.

El proyecto finalmente se detuvo una vez que se consumó un cambio del escenario político. La derrota del peronismo de los Kirchner en Argentina, la destitución de Dilma Rousseff en Brasil y la profundización de la crisis económica venezolana dejaron sin sujeto al incipiente proceso.

4. Falta subjetividad

La intensificación del discurso integracionista por parte de los gobiernos progresistas contribuyó a promover la idea de la “Patria Grande”, afianzó la idea de una identidad común latinoamericana.

Pero a nuestro parecer todavía existen retos de enorme importancia para que esta idea se mantenga.

La disputa del imaginario popular no está consolidada. Es recurrente que la crítica política que levanta la derecha latinoamericana haga uso del imaginario propuesto por la potente industria cultural estadounidense. No sólo el modelo de vida se sigue inspirando en el *american way of life*, algo que por lo demás se da en todo el mundo, sino que todavía para muchos su imagen de identidad latinoamericana se asienta más en su relación con Miami que con otras ciudades de la región.

Los gobiernos progresistas no lograron constituir espacios mediáticos comunes que puedan competir con eficiencia en la proposición de temas y visiones. Ni siquiera se logró levantar redes de medios públicos y de productores independientes.

Por otra parte, no se promovió con fuerza la interrelación de las sociedades latinoamericanas. La idea de integración latinoamericana debía calar con fuerza en la sociedad civil más aún que en el gobierno: en las universidades, en las organizaciones populares, incluso en las cámaras empresariales. No se crearon proyectos concretos que permitan conocernos más entre nosotros y generen semillas de lo latinoamericano.

Por poner un ejemplo concreto. Uno de los proyectos más exitosos de la Unión Europea constituye la movilidad universitaria con las becas Erasmus. A través de ellas los jóvenes europeos pueden vivir en otra sociedad, conocer otra cultura y genera cierta idea de Europa. Tras más de diez años de gobiernos progresistas, ni siquiera logramos converger en el reconocimiento universitario, menos en la generación de espacios comunes.

5. Proyecto político

La construcción de Europa fue un acto común de fuerzas políticas diferentes. Principalmente se llevó a cabo por las familias demócratacristianas y socialdemócratas. El consenso fue tan exitoso que hoy día el europeísmo también seduce a los liberales y a las fuerzas a la izquierda de la socialdemocracia (aunque creen que se debe construir otra Europa, usan el mismo marco lógico fundacional). Sólo la derecha nacionalista –con tintes neofascistas- busca desmantelarlo.

En América Latina me temo que no podremos esperar que la idea de integración la abandere también la derecha. Las derechas latinoamericanas carecen de proyecto autónomo. Su proyecto es una caja de resonancia de lo que ordene Estados Unidos y su discurso se agota en proponer el libre mercado como solución unívoca a cualquier problema.

Es entonces una tarea de las fuerzas de izquierdas y de sectores progresistas construir y concretar los perfiles del proyecto. Para ello debemos responder por qué es importante mantener el horizonte de la integración latinoamericana (¿por qué nos conviene como países?) y bosquejar su posible y deseable perfil (a través de propuestas concretas que partan de la realidad).

6. Cambio de contexto internacional

Los últimos años la derecha ha ganado gobiernos en América Latina, sea por elecciones (Argentina) o por rupturas institucionales (Paraguay, Brasil). Pero lo que se ha querido presentar como el regreso de los neoliberales realmente es algo más complejo. Como decía un viejo grafitti quiteño: “cuando nos sabíamos las respuestas, nos cambiaron las preguntas”.

Por un lado, es necesario reconocer que un ciclo se cierra en América Latina. Esto no significa que la historia sea circular o que los trayectos sean pendulares. Menos aun lo que el discurso desde las élites económicas ha querido presentar interesadamente como el fin del progresismo. Pero tampoco se puede desconocer el nuevo momento político que se da simplemente al cambiar las circunstancias y el carácter de la coyuntura.

La nueva coyuntura está marcada por dos sucesos imbricados.

Uno, **el cambio de ciclo económico**. La crisis económica del 2008 golpeó con fuerza inicial a las economías centrales (EEUU, Europa). Hoy parece repercutir más en las economías emergentes. Además, no se observa un escenario de recuperaciones significativas, sino de bajos crecimientos.

Esto se observa especialmente en América Latina. La crisis ha golpeado con fuerza a los países más vulnerables al exterior (Argentina, Brasil, Venezuela, Ecuador), pero también ralentiza el crecimiento de otras economías (Perú, Colombia, Chile, Uruguay, Bolivia) y abre un escenario inmediato incierto y todavía vulnerable.

Esto es muy importante. No sólo que significa para Ecuador un cambio de ciclo económico. Sino que pone sobre el tapete la dificultad de mantener un proyecto progresista -que para serlo debe mantener el combate a la pobreza y redistribuir- con menos recursos económicos. Las experiencias históricas nos indican que la existencia de crisis genera momentos de inestabilidad política y menor capacidad de obedecer a las presiones distributivas.

El segundo factor decisivo es la **elección de Trump**. Esto no sólo es importante porque es el presidente del país más poderoso del mundo y principal hegemón del sistema internacional, con la consecuente enorme influencia en la economía latinoamericana.

Es importante en sí mismo porque al parecer inicia un nuevo escenario político. Trump representa la derecha nacionalista que busca rediseñar la globalización para un nuevo

reparto de beneficios nacionales. Esto significa que el mantra del libre mercado, tan repetido en los coros de las derechas latinoamericanas, dejará de tener un aliado incondicional.

El regreso al mundo que tanto anunciaron los Macri en Argentina, Temer en Brasil o Lasso en Ecuador (este último sin éxito de conquistar el gobierno) deja de ser posible. La “normalidad” internacional ya no es el libre comercio con EEUU como pivote. Una parte de las élites de los países desarrollados deja de creer en los beneficios mecánicos del libre mercado, buscan cambiar los equilibrios comerciales y económicos, usan discursos nacionalistas excluyentes y se asientan en bases políticas diferentes. Esto es más visible con Trump pero se puede ver también con el Brexit en Gran Bretaña, o el fortalecimiento de la ultraderecha en varios países de Europa (Francia, Alemania, Austria, entre otros). No es casual que los dos modelos de integración, muy diferentes entre ellos, –el TLCAN y la UE- estén sufriendo verdaderas crisis estratégicas, difícilmente pueden volver a inspirar modelo alguno.

No está del todo claro la trayectoria de estas nuevas fuerzas políticas (llámense populistas de derechas o nacionalistas) ni su real capacidad política. Algunos ven similitudes con la emergencia del fascismo en los años treinta, otros ven una renovación parcial del neoliberalismo a través del discurso chauvinista. Sin embargo, muchos coinciden que el escenario político venidero tiene más de incertidumbre que lo imaginado. Y que el nacionalismo es la fuerza emergente ante una globalización que se soñó eterna.